

Homilía de VIII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“Lo que rebosa del corazón, lo habla la boca”

Introducción

Cierta sabiduría antigua, múltiples veces contrastada por la experiencia, se recoge hoy en los breves versículos que se proclaman en la liturgia, procedentes del libro del Eclesiástico (27, 5-8). Se ha de reconocer que, repetidamente, el desarrollo de la vida ofrece ocasiones para evidenciar si se poseen los valores auténticos y poder diversificarlos de los que lo son tan solo en apariencia. El fruto puede ofrecer por fuera signos de buena salud, pero, en ocasiones, esta apreciación cae por tierra apenas se intenta consumirlo. Las situaciones difíciles confirman si la aparente fragilidad de la arcilla es capaz de endurecerse a fuego y convertirse así en vasija resistente. El trato criba los actos humanos y pone de manifiesto, en el roce diario, si la mies trillada desprende el preciado grano o, por el contrario, todo se resuelve en paja y tamo que se lo lleva el viento. En términos equivalentes, puede expresarse cuanto pide la Palabra de Dios en el Evangelio de este domingo (Lc 6, 39-45): es preciso lanzarse a velas desplegadas a la conquista de lo auténtico, lo real, lo bueno y lo verdadero. Constituye un compromiso adquirido desde la iniciación en la fe. Tenemos prometido que lo corruptible *se vestirá de inmortalidad y la muerte será absorbida por la victoria* (1 Cor 15, 54-55).



Fray Vito T. Gómez García O.P.
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiástico 27, 4-7

Cuando se agita la criba, quedan los desechos; así, cuando la persona habla, se descubren sus defectos. El horno prueba las vasijas del alfarero, y la persona es probada en su conversación. El fruto revela el cultivo del árbol, así la palabra revela el corazón de la persona. No elogies a nadie antes de oírlo hablar, porque ahí es donde se prueba una persona.

Salmo

Salmo 91 R/. Es bueno darte gracias, Señor.

Es bueno dar gracias al Señor y tocar para tu nombre, oh Altísimo; proclamar por la mañana tu misericordia y de noche tu fidelidad. R/. El justo crecerá como una palmera, se alzarán como cedros del Líbano: plantado en la casa del Señor, crecerá en los atrios de nuestro Dios. R/. En la vejez seguirá dando fruto y estará lozano y frondoso, para proclamar que el Señor es justo, mi Roca, en quien no existe la maldad. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 54-58

Hermanos: Cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: «La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?». El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la ley. ¡Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo! De modo que, hermanos míos queridos, manteneos firmes e inmovibles. Entregaos siempre sin reservas a la obra del Señor, convencidos de que vuestro esfuerzo no será vano en el Señor.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 6, 39-45

En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos una parábola: «¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? No está el discípulo sobre su maestro, si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Hermano, déjame que te saque la mota del ojo”, sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano. Pues no hay árbol bueno que dé fruto malo, ni árbol malo que dé fruto bueno; por ello, cada árbol se conoce por su fruto; porque no se recogen higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos. El hombre bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque de lo que rebosa el corazón habla la boca».

Pautas para la homilía

El resplandor de Cristo resucitado envuelve con sus destellos la mesa de la Palabra, en torno a la cual se congrega la asamblea de los creyentes para celebrar el presente domingo. La esperanza cristiana, que se apoya con firmeza en la omnipotencia divina, abarca un campo muy amplio, una de cuyas parcelas se despliega en el presente para nuestra consideración: los *cuerpos corruptibles* no tornarán a la nada, sino que *se vestirán de inmortalidad*. Resucitarán inmortales y gloriosos, a semejanza del cuerpo glorioso de Jesucristo, pero no recibirán la glorificación por su propio poder, sino por el poderío del Redentor. La muerte que afecta a nuestros cuerpos ha sido derrotada por la resurrección del Señor, que afecta a los unidos a Él para siempre.

Es consolador recordar este artículo de la fe: las almas de los bienaventurados necesitan de la perfección que consiste en la unión con los respectivos cuerpos resucitados. A este propósito puede recordarse una reflexión que hacía santo Tomás de Aquino: para que el gozo en la gloria eterna sea pleno es preciso que «esto corruptible», es decir el cuerpo, se «vista», como de su ornamento, de la «incorruptión». Además, es congruente que los cuerpos reciban también el premio prometido por su colaboración en incontables obras buenas. En fin, los ciudadanos de la Jerusalén del cielo han de asemejarse en todo a Cristo, su Cabeza, que ha resucitado de entre los muertos con un cuerpo glorioso, para gloria de Dios Padre (cf. In 1Cor 15, lect. 9).

Por otra parte, una invitación al *discernimiento* se presenta en la actual celebración dominical. La inteligencia, no solo tiene poder para ello, sino que estimula siempre al ejercicio de semejante tarea. Está llamada la razón a analizar las metas y el alcance de los compromisos; es capaz de investigar y discernir la verdad y la bondad, a veces por comparación con lo falso o defectuoso. Para progresar siempre con buen pie, es aconsejable no perder de vista la meta a conseguir, medios a utilizar y estorbos a obviar. Debe hacerlo la razón, en cuyo auxilio viene la fe. Las propuestas que hace la mente a la voluntad se refuerzan en ella por medio de la caridad y la esperanza.

La indagación conduce a clarificar si en el misterioso interior de cada uno se halla, ciertamente, una voluntad de ayudar y, a la vez, la necesaria luz, preparación, rectitud y autenticidad para hacerlo. Pueden hallarse estos valores, pero para guiar por la senda de la trascendencia han de estar sublimados, conectados y recibiendo fuerza de la fuente divina de la que brotan. El manantial de la luz está en Dios y lo mismo cabe decir de la ciencia, sabiduría, consejo y rectitud del alma. *El ciego no puede guiar a otro ciego, ni el discípulo arrogarse la ciencia de su maestro.*

El examen de la interioridad hará caer en la cuenta de, al menos, la posible inclinación al defecto de la *hipocresía*, ficción, doblez o fingimiento. La falsedad se opone a la verdad. La razón debe formar juicios verdaderos, a comenzar por lo que concierne a la propia persona. Es evidente que para conducir a los demás hacia la rectitud, se ha de forjar en uno mismo la firme decisión de ajustarse a ella. Solo así podrá calibrarse la entidad de las posibles deficiencias del prójimo y ayudarlo con justicia, caridad y misericordia: «Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano».

Una vez más anima el Señor a la *forja del corazón*, tan importante para vivir y actuar. El corazón es el motor de la vida espiritual y ha de mantenerse siempre sano, en sintonía y unión con la voluntad de Dios y en solidaridad de amor para con los semejantes. *El que es bueno, de la bondad que atesora su corazón saca el bien.*

Por Cristo ha llegado la victoria, abierta a toda la humanidad. *Merece la pena mantenerse firmes y constantes y trabajar por el Señor sin reservas, convencidos de que no dejará sin recompensa nuestra fatiga.* La exhortación de san Pablo a los Corintios continúa con plena actualidad.



Fray Vito T. Gómez García O.P.
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Evangelio para niños

VIII Domingo del tiempo ordinario - 3 de marzo de 2019

EL ojo y la mota

Lucas 6, 39-45

Evangelio

En aquel tiempo ponía Jesús a sus discípulos esta comparación: - ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? Un discípulo no es más que su maestro; si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decir a tu hermano: "Hermano, déjame que te saque la mota del ojo", sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano. No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano. Cada árbol se conoce por su fruto: porque no se cosechan higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos. El que es bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal: porque lo que rebosa del corazón, lo habla la boca

Explicación

Jesús nos pide que seamos observadores de modo que, estando bien atentos, nos demos cuenta de los detalles más pequeños, sin que se nos pasen desapercibidos. A Jesús, no se le escapaba casi nada. Y por eso decía que nadie ciego, que no vea bien las cosas, debe guiar a otros ciegos, porque todos se caerán en el primer hoyo o socavón que se encuentren. ¿Cómo es posible que seamos capaces de ver una mancha pequeña en la ropa de otros y no veamos la mancha grande que tenemos en nuestro vestido? La respuesta es clara: porque nos miramos poco para ver nuestros defectos y prestamos más atención a los de los demás. Lo mismo que cada árbol se conoce por sus frutos, también las personas demuestran ser buenas o malas, por sus obras

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

OCTAVO DOMINGO ORDINARIO -C- (Lc 6,39-45)

Jesús: ¿Dónde están mis discípulos?...Venid...Vamos, venid. Tengo que hablaros de muchas cosas.

Discípulo1: Estábamos esperando que nos llamaras. Ya vamos, Maestro.

Discípulo2: ¿De qué tienes que hablarnos?

Jesús: ¿Creéis que un ciego puede guiar a otro ciego?

Discípulo1: NO!! Caerán los dos en el hoyo.

Jesús: Bien... ¿Puede un discípulo ser más que su maestro?

Discípulo2: NO!! Aunque, cuando termine la carrera, será como su maestro.

Discípulo1: ¿Por qué haces estas preguntas, Jesús?

Jesús: Paciencia. ¿Por qué os fijáis en la mota que tiene vuestro hermano en el ojo?

Discípulo2: ¡Hombre, Jesús, lo hacemos por su bien! La mota le impide ver las cosas con claridad.

Jesús: ¿Y no os dais cuenta de que vosotros lleváis una viga en el vuestro?

Discípulo1: ¡Anda! ¿Tanto se nota? Pero... ¿A qué vienen esas comparaciones? ¡No entiendo nada!

Jesús: ¿Qué le decís a vuestro hermano cuando le veis la mota en el ojo?

Discípulo2: Yo le digo: Hermano, déjame que te saque la mota que tienes en el ojo.

Jesús: Pues yo te digo: ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del otro.

Discípulo1: ¡Ahora comprendo lo que nos quieres decir! No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano, ¿verdad?

Jesús: Eso es. A un árbol se le conoce por sus frutos.

Discípulo2: ¡Naturalmente! Nadie puede cosechar higos en las zarzas ni uvas en los espinos.

Discípulo1: Maestro, ¿de dónde saca el hombre bueno el bien que hace?

Jesús: De la bondad que atesora en su corazón.

Discípulo2: ¿Y el que es malo?

Jesús: De la maldad saca el mal. Y eso es así porque, lo que rebosa del corazón, lo habla la boca.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández